

a Canseco (yo le oí a Valdeavellano muchas anécdotas), parece que era un hombre genial, de inteligencia extraordinaria, que escribió poquísimo, que sabía muchísimo, pero que no le gustaba nada dar clase. Justificaba sus ausencias diciendo que los catedráticos se dividían entre dos clases: los que nunca van a clase y los que nunca debieran ir. Y para ver de dar las menos posibles, cuentan que vino un día al café diciendo: «He puesto mi clase a las 2,30 y todavía me va un alumno». Por eso dice don Ramón «la semblanza de aquel cínico más filósofo que historiador».

Pensaba también tratar del anuario en su primera época, y de la labor desarrollada en el Centro de Estudios Históricos, y concluye: «No creo que salga de mi pluma nada estridente. Pero sí le confieso que estoy dispuesto a renunciar a leer el discurso si, en la Academia, cosa posible, el censor hiciese algún reparo. Esto se lo digo a usted confidencialmente. Si lo anunciase parecería una amenaza y que me temía lo que iba a ocurrir. Si ellos desvarían —prohibiendo su contestación por el elogio a un exiliado—, si ellos desvarían, allá ellos, pero sin mi colaboración».

Pedía referencias sobre autores y libros, y concluía don Ramón la carta con una frase sobre su premiosidad como escritor. En espera de más información, decía, iba escribiendo y rompiendo alternativamente las cuartillas que salían y quedaban desconocidas o iban a parar al cesto de los papeles. «Siempre —decía esto don Ramón—, me cuesta mucho escribir, rompo muchos papeles, lleno muchas papeleras, y no me conformo con nada de lo que sale de mi pluma». Yo recuerdo que le preguntaba: «Don Ramón, y por qué rompe usted tantos papeles, y por qué le cuesta tanto escribir, porque al fin y al cabo, tiene usted mucho entrenamiento». «Rompo tantos papeles porque quiero evitar escribir con adjetivos.» Y recuerdo, en aquellos años de aprendiz, que le decía yo «¿Y cómo va usted a escribir sin adjetivos?» «¡Ah! Ahí está el secreto: buscando sustantivos que califican.» Y por eso dice que rompe papeles. «Soy de una premiosidad espantosa, y por eso me tranquiliza que no me ponga usted plazo —el recipiendario, que no le pusiera plazo para acabar la contestación; y refiriéndose a los sevillanos— o como dicen nuestros artífices locales, no me meta usted bulla. Mal o peor, lo que salga será lento. Y, claro está, entre lo que proyecte y lo que realice se interpondrá un abismo.»

Don Ramón, de acuerdo con su plan, dedicó más páginas a hablar de los maestros de Valdeavellano que de Valdeavellano mismo. Hizo al fin un excelente retrato de don Laureano Díaz Canseco, y reflejó muy bien el ambiente del Centro de Estudios Históricos, entonces en un recatado palacete de la calle de Almagro.

Y Valdeavellano comenzó su discurso de ingreso refiriéndose también a sus maestros y a los setenta y seis años transcurridos desde el ingreso en la Academia (marzo de 1889) de don Eduardo de Hinojosa, y a los más de treinta corridos desde que había ingresado Sánchez Albornoz, discípulo de Hinojosa y maestro suyo. Maestro suyo muy querido, dice.

Decía Valdeavellano cuando ingresó en la Academia, en mayo de 1960, que ligado a Sánchez Albornoz por muy estrechos vínculos de discípulo y de amigo, había aprendido de él a venerar la memoria y a inspirarse en el ejemplo de aquel sencillo sabio español que había sido don Eduardo de Hinojosa, «maestro de mis maestros» dice Valdeavellano. Así, decía, pronto había tenido conciencia de que, al dedicarse a los estu-

dios históricos del Derecho, bajo el magisterio de Sánchez Albornoz, venía a ser él también un discípulo de Hinojosa. Se le hizo por ello patente, decía Valdeavellano, la esencial continuidad de toda investigación científica. —Hay que pensar que esto se decía en la España de 1960, y lo que implicaba en aquel momento invocar la continuidad de la investigación científica. Porque, al fin y cabo, suponía una crítica a la ruptura que se había producido como consecuencia de la guerra civil y del exilio. — «De la investigación científica, continuidad que es, sobre todo, tradición, fuego que unos encienden y otros mantienen vivo, esfuerzo sostenido de grandes y de pequeños investigadores, forjado empeño de muchos que no desdeña ninguna obra, ninguna aportación si ha sido inspirada por el noble afán del descubrimiento de la verdad.»

Don Ramón Carande conocía bien a Valdeavellano. Sabía que era sencillo, humilde, bondadoso. Por tanto, le debía de resultar difícil contestar con elogios, dada la modestia de Valdeavellano, al magnífico discurso, importante libro, que fue el titulado *Sobre los burgos y los burgueses en la España Medieval*, y que se editó después como libro en Espasa-Calpe. Más que del recipiendario de la medalla de académico, se ocupó don Ramón de los maestros, como dije antes. Y en carta de febrero de 1960, con la que remitía parte de sus palabras de respuesta al discurso, decía: «No es habitual que en los discursos de contestación se recurra a este procedimiento, el de hablar de los maestros del Académico que ingresa. Para mí, es gratísimo hablar de los maestros por lo que usted sabe. Y entiendo que, para usted mismo, más soportable que el manejo enojoso del incensario ante una víctima indefensa. No sé lo que pensarán los Señores de la Casa, pero yo me quedo así más tranquilo».

¿Cómo hacía campañas don Ramón dentro de la Academia para lograr candidaturas, que se firmaran, de las gentes que él quería promover, y los votos de los demás? Voy a narrar la carta que le escribe, o glosar la carta que le escribe a Valdeavellano, para promover que se vuelva a presentar en la Academia, como candidato ante una vacante, el eminente historiador de las ideas y de las formas políticas, don Luis Díez del Corral, finalmente Académico de la Historia.

En 1968, don Ramón escribe a Valdeavellano una carta en la que parece justificar su predilección por Luis Díez del Corral, para atraer a Valdeavellano a esta causa: «He venido teniendo, desde antes de producirse la vacante de Melchor Fernández Almagro, conversaciones con Luis Díez del Corral. Casi podía decirle a usted que soy el culpable, si culpa hubiera, de sus aspiraciones. Tengo viva simpatía por él. Le considero culto, muy enterado de las cosas que estudia, y, sobre todo, nada impaciente. Ni quiere lucirse con prisa, ni deja de trabajar en lo suyo, ni mantiene o da a entender que mantenga esas turbias aspiraciones de los jóvenes profesores que todos conocemos, impacientes para ocupar cargos públicos, y capaces de extender rúbricas que califiquen su filiación política. Corral es, desde luego, un hombre que pudiéramos llamar en política liberal-conservador, según nuestra terminología, o liberal-doctrinario, según la suya. Pero no se sale del tiesto, ni comete incorrecciones del tipo de las de tantos que conocemos y no hay para qué mostrar. En una palabra, tenía con él un compromiso, y quise afrontarlo desde primera hora. Las circunstancias de este compromiso son las siguientes: “Creo —le dije alguna vez— que hay una persona capacitada para aspirar a la Academia. Se llama Lacarra. Mis amigos, y yo con ellos, quisiéramos verle ingresar. Yo

entiendo que sería difícil sumar los votos precisos. Al pensar en usted —le dije—, solicito su voto para Lacarra, si usted llegase a entrar''. Asintió a todo ello, y reconoció, lo que no es sorprendente, superiores condiciones a las suyas en el gran medievalista de la historia aragonesa. Yo confío más en la palabra de Corral que en la de varios amigos suyos. Por lo tanto, en mi carta le ofrecía mi voto y le recordaba nuestras conversaciones, pero también le decía que no creía conveniente para sus aspiraciones, encabezar con su firma el pliego de la propuesta».

Vemos en esta carta que promueve una candidatura, prometiendo a la persona cuyo apoyo busca, el voto futuro para Lacarra, que sabía que era el preferido de Valdeavellano. Entraron los dos, afortunadamente para la Academia.

Don Ramón también temía el peligro permanente, que sigue existiendo, de las intervenciones del gobierno en la vida de la Academia. Refiriéndose a palabras del director de la Academia, (lo era entonces Sánchez Cantón) transmitidas por Valdeavellano, sobre un candidato que se creía era del Opus Dei, se expresaba así don Ramón en carta de 1960: «Como siempre es difícil —Sánchez Cantón era gallego—, como siempre es difícil hallar el sentido auténtico de las palabras de un gallego, el hecho suscita grandes dudas, (habría que ver la carta de Valdeavellano para interpretar exactamente ésta) el hecho suscita grandes dudas (es decir, que se lamentara públicamente de la derrota de un candidato, que no sé cuál era) y aunque no debemos pensar mal del prójimo, es difícil evitarlo en este caso. Más bien creo que se había ejercitado de nuevo presión sobre un hombre que, teniendo varios enlaces oficiales, pudiera creer comprometida una actitud imparcial. Acaso sean sus palabras el anuncio de que alguna disposición se prepara en los medios oficiales, para que en lo sucesivo, los miembros de determinada asociación —el Opus Dei— o sus afines, puedan ingresar en las Reales Academias, aunque no tengan en las votaciones el «quorum» ahora vigente. En cualquier caso, esto es un asco, mi querido don Luis. Yo ya tenía mucha desgana para asistir a las sesiones, y desde ahora creo que voy a asistir cada día menos. Y hasta es posible que comunique al señor director las causas de mis recalcitrantes ausencias».

Esta carta, cambiando los nombres, es exactamente válida hoy, cuando también se habla de la reforma de los Estatutos, para que los nombramientos de los académicos, en vez de ser generados en la propia corporación, se hagan por decreto.

*

Don Ramón, en estas cartas, muestra su carácter, cómo era. Le vemos incondicional a sus amigos, a prueba de esa frialdad que siempre puede surgir cuando las palabras de uno quedan sin respuesta. Su afecto, su cariño hacia Millares no varió por el hecho de que éste no contestara nunca a sus cartas.

Le vemos amigo incondicional, activo, irónico, beligerante siempre, contestatario, justo y arbitrario a la vez —era una de las manifestaciones de su carácter: arbitrario en las formas, justo siempre en los fines—, vital siempre...

No es de extrañar que, al cumplir 81 años, escribiera desde Sevilla: «Los años con salud y con cariño, digan lo que quieran los presumidos y descontentadizos, tienen sus

cosas buenas, tienen sus gajes y, me atrevería a decirlo, permiten llegar a metas insospechadas, con una única tristeza: la de recordar a quienes no nos acompañan porque no pudieron llegar tan lejos».

El recuerdo de don Ramón Carande es el que nos convoca, llenándonos de melancolía a quienes le quisimos, melancolía que se acentúa en esta tarde palentina de mayo en que la ciudad conmemora el nacimiento de su hijo predilecto.

Gonzalo Anes



RAMON CARANDE
cumple (D. V.) 90 años el 4 de mayo de 1977.
Le esperamos en la antigua Venta de los Monos
(«Julia», Avenida Molini, 1), a las 20 h.
Se ruega confirmación hasta el 30 de abril:
Alvarez Quintero, 37. Sevilla.